

—Si no hay un empleo de consideración vacante, el gran Mariscal lo inventará; pero yo deseo desde hoy mismo verle á usted todos los días en Palacio.

—¡Oh! V. M.....

—Adios, amigo mio, mañana hablaremos.

Ese mismo dia el coronel Don Tirso Cisneros fué nombrado jefe de un Estado Mayor del Mariscal Almonte que no existía.

CAPITULO XXX

ESCARAMUZAS IMPERIALES

LOS tres ó cuatro primeros días del viaje fueron un martirio para la joven Aurora, pero poco á poco, con su buen carácter, con su aire sumiso y á la vez respetuoso é inteligente, con su trato afable y sus palabras oportunas, fué venciendo la ojeriza con que la veía la Emperatriz, hasta que esta abordó la cuestión diciéndole:

—¿Desde cuándo conoces al Emperador?

—Desde hace dos meses poco más ó menos que estuve por primera vez en Palacio, le contestó con firmeza.

—¿Y desde cuándo le tratas?

—Yo no le trato: una sola vez hablé con él en que tuve la honra de ser invitada por él á bailar, aunque con gran pesar mio y con ciertos escrúpulos que me han atormentado.

—¿Qué escrúpulos fueron esos?

—Yo tengo un novio, Señora, un novio á quien

debo toda fidelidad y todo respeto, con quien si Dios quiere, me he de casar y el cual se encuentra ausente.

—Pero ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

—Que el jóven á quien he entregado mi corazón milita en las filas contrarias.

A renglón seguido Aurora contó á la Emperatriz la historia de su amor, tanto porque necesitaba desahogarse con alguno, como porque con su natural perspicacia quería alejar de la distinguida dama hasta la más remota sospecha que pudiera tener sobre su conducta.

Desde aquel momento Carlota fué una verdadera amiga de la joven, ofreciéndole su protección y su cariño.

—Veremos, le dijo, si conseguimos traernos á ese jóven á nuestro lado, que yo me encargo desde ahora de velar por tu dicha.

—Gracias, señora.

Y en efecto, desde el día siguiente se vió á la archiduquesa llamar frecuentemente á su lado á la joven y distinguirla con su amabilidad.

La negra nube que había visto cerniéndose sobre su cabeza desde la noche del gran baile en Palacio, había desaparecido por completo.

Entre tanto el coronel Cisneros desempeñaba en la Córte funciones que todavía no sabía cuales eran, pues percibía buen sueldo por ir á dormir en las antecámaras sin recibir comisión de ninguna clase, hasta que fué llamado por Maximiliano para celebrar conferencias secretas en que se sentía sondeado en varias direcciones. Solamente en la última vez salió de allí

es decir, del gabinete del Emperador, tambaleándose como ébrio y con las quijadas algo caídas, dirigiéndose casi á ciegas para su casa, sin comunicarse con nadie.

—¡Asunción! ¡Asunción! dijo á su mujer, luego que llegó, estamos perdidos.

—¿Cómo perdidos? ¿Qué tienes? ¿Qué te ha pasado que estás tan densamente pálido?

—Pues me ha pasado una cosa increíble. Ya sé por qué S. M. la Emperatriz se llevó á nuestra sobrina: está celosa.

—¿Quién está celosa?

—La Emperatriz.

—¿De quién? ¿De Aurora?

—De ella misma, y lo peor es que con razón, porque S. M. el Emperador acaba de confesarme que está enamorado.

—Que está enamorado! ¿de quién? ¿de nuestra sobrina?

—Sí, de Aurora.

—No me lo digas, Tirso.

—Me lo ha plantado de una manera que no admite dudas. Me ha dicho: si no fuera usted simplemente su tío, sino su padre, me ahorraría el atrevimiento de esta confesión que me humilla; pero estoy en una situación tal que experimento como una fatal necesidad el tener que confiárselo con la esperanza de que usted no se moleste con semejante impertinencia.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Yo me quedé de una pieza. Y como observó que guardaba silencio, lo tuvo por asentimiento mio y continuó hablando quién sabe cuántas cosas que yo

oí primero como un zumbido de moseas y después como un huracán.

—Pero bien, ¿qué objeto . . . ?

—El objeto, según lo poco que pude comprender en el estado de aletargamiento en que me encontraba, parece ser que yo le ayude en su empresa . . .

—En su empresa de . . .

—De hacerla su manceba, ni más ni menos.

—¡Jesús! . . .

Doña Asunción de pronto se quedó aterrada; pero poco después dijo con el semblante ya tranquilo:

—Henos aquí destinados á ser los héroes de una novela.

—Henos aquí destinados, mejor dicho, le contestó su marido, á tener que huir muy léjos para escapar de ser devorados entre dos fieras.

—¿Cómo es eso?

—¿No te he dicho que la Emperatriz está celosa?

—Y ahora la pobre muchacha está en sus garras.

—Ni más ni menos.

—Pues mira tú, si nosotros somos hábiles . . .

—¿Qué?

—Podemos sacar mucho partido de esa situación.

—¿Qué partido, mujer?

—Engrandecernos primeramente, y después . . . Dios dirá.

—¿De modo que á tí no te espanta lo que nos sucede?

—Pensándolo detenidamente, no.

—¿No te abruma la expectativa de nuestra deshonra?

—Los soberanos no deshonran, al contrario, nos honran cuando descienden hasta nosotros.

—¡Oh! ¡calla! ¡calla! Y luego la que se te espera á tí con la Emperatriz cuando te presentes en palacio á cumplir con tus obligaciones de dama de honor.

—Ese es el único inconveniente; pero siempre tiene que ser más poderoso S. M. el Emperador que S. M. la Emperatriz.

—Yo por mi parte no me siento inclinado á sacrificar á Aurora ni por todo el oro del mundo.

—Pero si no se le sacrifica, al contrario: luego que se vea que es solicitada por el Soberano, le sobrarán los mejores partidos.

—Creo comprender cuál es tu pensamiento: quieres que hagamos una explotación indigna de las inclinaciones de S. M.

—Nada tendrá de indigno lo que hagamos, puesto que no lo hemos buscado, sino sucederá simplemente aquello de que el buen día hay que meterlo en casa. Se nos está entrando la fortuna, pues no hay más que cogerla por los cabellos y no dejarla escapar.

—¡Oh! ¡oh! me estremecen los peligros de que vamos á estar rodeados.

—¡Cobarde!

—No lo he sido nunca en la guerra y ahora sí lo soy en la córte, tengo que confesarlo.

—Pues ya estamos en ella, metámonos recio en las intrigas: yo te aseguro que voy á estar en mi elemento. ¿Crees tú que la boticaria y la licenciada y la generala y la doctora y todas nuestras relaciones no nos verían con los ojos torcidos si tuvieran una suerte semejante?

—Pero ¿qué hacemos con Aurora? ¿No tenemos tanta responsabilidad respecto de ella como si fuéramos sus padres?

—Igualita, y por eso tendremos cuidado de dirigir sus pasos por el mejor camino.

—Pero te repito otra vez: ¿hemos de entregarla á la deshonra?

—Eso se discutirá á su tiempo: mi deseo, te repito, no es sacrificarla, sino engrandecerla al mismo tiempo que nos engrandezcamos nosotros.

—Será fuerza obrar con reflexión: yo lo que había pensado era huir, huir muy léjos....

—¿Al extranjero?

—Sí, al extranjero.

—Huiremos si las circunstancias lo exigen; pero por ahora pienso que te ahogas en un vaso de agua. Mira, vamos á cenar con las otras sobrinas y punto en boca hasta á la noche en que estemos solos.

Ya debe suponer el lector cuáles fueron los jardines que construyó Doña Asunción y cuáles fueron las conversaciones que tuvieron ambos cónyuges sobre un asunto que tanta materia les daba para entregarse á todo género de fantasías.

Entre tanto el viaje de la Emperatriz se hizo felizmente tanto á la ida como al regreso de Yucatán, recibiendo en todas partes los agasajos de costumbre.

El día 20 de Diciembre hizo su entrada en México, siendo recibida por Maximiliano y la corte con fiestas y regocijos.

Después de los besamanos verificados con toda etiqueta, Maximiliano llamó á Eloin á su gabinete reservado.

—Estoy, le dijo, esperando que me cuentes todo lo que ha pasado. ¿Cómo trató á Aurora la Emperatriz?

—Como su más benévola amiga.

—Me lo dijiste en tus cartas; pero yo deseo que me digas á qué se debió esa transformación.

—En cuanto á lo que pasó entre ellas se ha estrellado toda mi perspicacia. Yo entiendo que la joven le hizo cuando menos algún juramento de fidelidad.

—¿Pero ha sido real ese afecto entre ellas ó aparente?

—Señor, se han visto con afecto verdadero. La señorita Aurora, que no es nada lerda, ha cautivado completamente á la Emperatriz: de eso estoy persuadido.

—¿Cómo podríamos averiguarlo?

—Con la misma Emperatriz ó con la familia de su protegida: tenemos esos dos medios. Yo aventuré el primero y solo pude obtener esta respuesta: es enteramente mia la muchacha, la he acogido bajo mi protección y quiero hacerla feliz.

—Es extraño.

—Eso mismo me dije yo: es muy extraño.

—Y tú, ¿cómo fuiste tratado?

—Con suma desconfianza como si fuera un espía.

—¡Pobre Eloin! Lo que tú pasas por complacerme.

—Ya sabe V. M. que le pertenezco en cuerpo y alma.

—Lo sé, amigo mio, y procuro corresponderte con toda mi predilección. Ya anudaremos muy pronto los hilos de esta intriguilla que no me ha quitado el sueño todavía y vamos á otra cosa: todos vienen.

contentos de Yucatán, ¿es cierto que la Emperatriz ha sido agasajada con delirio allí, en Veracruz y en todos los lugares que acaba de recorrer?

—Todo lo que hemos dicho en las cartas y lo que han contado hoy á V. M. es rigurosamente exacto: no cariño, no adhesión, no entusiasmo, sólo verdadero frenesí han reinado por donde quiera, y fuerza es convenir en que ella ha tenido gran tacto para hacerse admirar y querer.

—Es lo que yo deseo: que nos conozca el país y todo será nuestro. Lo único que me atormenta ahora es la persistencia de Juárez que ha vuelto á Chihuahua y la actitud de los Estados Unidos que está haciendo vacilar los propósitos de Napoleón III.

—¿Insiste S. M. en retirar sus tropas?

—Hoy más que nunca: cada uno de sus enviados me lo notifica, y á Bazaine le escribe por cada vapor diciéndole que apresure sus operaciones.

—¿Y Bazaine?

—Camina siempre con pasos de piedra. Parece que su mayor placer sería que fracasáramos.

—Quiere decir que lo más importante es que tengamos un ejército enteramente nuestro.

—Sí, podremos completar diez ó doce mil austriacos y belgas y nuestros generales mexicanos podrían ponernos en alta fuerza treinta ó cuarenta mil hombres; pero ¿con qué los mantenemos?

—Con el país, como mantiene Juárez los suyos.

—Es diferente: aquellos son los revolucionarios y nosotros somos el gobierno.

—Pero nosotros tenemos las aduanas, las contribuciones y un poco de crédito en el extranjero. En

un caso apurado hipotecaríamos algo del territorio. ¿Qué no hicieron Almonte, Miramon y Marquez para conseguir recursos?

—Ya veremos, ya veremos: lo que nos favorece ahora mucho es que están peleando entre sí Juárez y los suyos: aun los mismos ministros se le están separando y muchos de sus hombres prominentes pasándose á nuestras filas.

—Yo creo que lo principal que hay que hacer es apremiar á Bazaine para que se activen las operaciones militares. Si lograra hacer llegar fuertes destacamentos á las fronteras, de allí se podrían venir las tropas barriendo con todos los elementos disolventes.

—Pero Bazaine mismo es para nosotros un elemento extraño. Yo desearía que tú fueras á ver al Emperador Napoleón para convencerlo de que debe sustituirlo con el general Douay que es amigo nuestro.

—Me parece excelente la idea, siempre que pudiera conservarse en secreto mi partida.

—No solo llevarías esa importante misión á Europa, sino la de asegurarnos un apoyo mas positivo de parte de Austria y de Bélgica. Tal vez España é Inglaterra consentirían también en ayudarnos un poco, no solo para asegurar sus créditos, sino para contrariar la política de los Estados Unidos que no quiere monarquías en América.

—Veo que V. M. está en todo. Precisamente he venido madurando á mis solas en este viaje un plan por el estilo. Primero, asegurarnos de una prensa amiga aquí y en el extranjero, aunque algo tenga que gastarse. Segundo, dominar con las armas cuanto antes el mayor número de departamentos. Tercero,